

La expedición a Ancud en La Araucana o la recuperación del mérito por parte de Ercilla

En el mes de febrero de 1558, don García Hurtado de Mendoza, entonces gobernador de Chile, organizó una importante expedición hacia las *terrae incognitae* del sur del país. El relato de este viaje aparece en crónicas del siglo XVI y en la tercera parte de *La Araucana* de Alonso de Ercilla. Ercilla participó como soldado en la expedición, pero sintiendo contra don García un resquemor en gran parte justificado, estructura su relato de modo que acapara él solo la gloria y mérito de la expedición.

El relato de la expedición de don García figura en numerosas crónicas del siglo XVI, en particular en las de Góngora Marmolejo¹, Mariño de Lobera², Cristóbal Suárez de Figueroa³ y Gerónimo de Vivar⁴. Aparece también mención de la expedición en los informes de servicios de algunos de los soldados que participaron en ella. Pero desde el punto de vista histórico, ninguno de esos relatos es tan extenso, preciso y digno de fe como el que se halla en *La Araucana*. Ésta es por lo menos la conclusión que sacamos de la lectura de trabajos efectuados al respecto por grandes historiadores chilenos como José Toribio Medina⁵, Tomás Thayer Ojeda⁶

¹ Alonso de Góngora Marmolejo: «Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575», en *Crónicas del Reino de Chile*, Biblioteca de Autores Españoles, CXXXI, Madrid, Ediciones Atlas, 1960, pp. 75-224.

² Pedro Mariño de Lobera: «Crónica del Reino de Chile», en *Crónicas del Reino de Chile*, Biblioteca de Autores Españoles, CXXXI, Madrid, Ediciones Atlas, pp. 225-562.

³ Cristóbal Suárez de Figueroa: *Hechos de Don García Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete*, Madrid, 1613.

⁴ Gerónimo de Vivar: *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile*, cd. L. Sáez-Godoy, Berlín, 1979, 343 páginas.

⁵ José Toribio Medina, «El viaje de Ercilla al estrecho de Magallanes», *Revista Chilena de Historia y Geografía* (Santiago de Chile), VI, 10 (segundo trimestre, 1913), pp. 343-395.

⁶ Tomás Thayer Ojeda: *Observaciones acerca del viaje de don García Hurtado de Mendoza a las provincias de los Coronados y Ancud*, Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1913, 61 páginas.

o Crescente Errázuriz⁷. El viaje de don García fue comentado también por Alberto Edwards⁸. Y el teniente coronel Ángel González de Mendoza Dorvier⁹ logró incluso trazar sobre un mapa el posible itinerario de la expedición, mientras el geógrafo Francisco Vidal Gormaz¹⁰, quien exploró la región austral de Chile durante varios años y «con *La Araucana* en la mano recorrió aquellos parajes en 1871»¹¹, asegura no sin admiración:

Leer a Ercilla sobre el terreno que describió a mediados del siglo XVI, hace admirar al gran soldado y al poeta historiador no menos que al geógrafo, que con tanta exactitud permite reconocer las huellas de los conquistadores después de tres largas centurias.

Todos los historiadores llegan a la conclusión de que el gran «desaguadero» que atravesó Ercilla no es el Estrecho de Magallanes, sino el canal de Chacao, que se encuentra en las proximidades del paralelo 42° de latitud sur.

A la vista de las demás crónicas y documentos de la época, y a pesar de algunas reservas formuladas por Thayer Ojeda, el relato de Ercilla sigue siendo de una veracidad histórica y de una precisión geográfica e incluso cronológica prácticamente irreprochables. Sin embargo, cuando nos paramos a leer esta parte de *La Araucana*, nos convencemos cada vez más de que el poeta ha empleado ciertos recursos narrativos y ha organizado la materia histórica de modo que don García Hurtado de Mendoza resulte desprestigiado.

El lenguaje, por muy elaborado que sea, es incapaz de restituir un acontecimiento en su totalidad. Al escribir es necesario reorganizar la realidad. Ello requiere por parte del escritor una elección de los hechos, una estructura y también un tono y un punto de vista que implican automáticamente la subjetividad. Todo lo silenciado, lo no dicho, se extiende en torno al texto, perfilando sus contornos, mientras que las diferentes partes de la narración, sometidas incluso a su orden de aparición, son objeto de procedimientos de amplificación o reducción tanto desde el punto de vista formal como del fondo. El autor, consciente o no, es el único responsable.

El relato de la expedición de don García en *La Araucana*, aunque parezca preciso desde los puntos de vista histórico, geográfico y cronológico-

⁷ Crescente Errázuriz: «La expedición austral de don García de Mendoza» *Revista Chilena de Historia y Geografía* (Santiago de Chile, 1913), pp. 382-424.

⁸ Alberto Edwards: «Algunas indicaciones sobre el itinerario de don García Hurtado de Mendoza, en su viaje a los archipiélagos de Ancud, según las descripciones contenidas en *La Araucana* de don Alonso de Ercilla», *Revista Chilena de Historia y Geografía* (Santiago de Chile, 1913), pp. 301-322.

⁹ Ángel González de Mendoza Dorvier: «El problema geográfico de *La Araucana* y la expedición de don García Hurtado de Mendoza», *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* (Santiago de Chile), XIV, 27, pp. 59-88.

¹⁰ Francisco Vidal Gormaz: «Ercilla i el descubrimiento de Chiloé», *Revista de Santiago* (Santiago de Chile), I (mayo 1872), pp. 540-45.

¹¹ José Toribio Medina: *Op. cit.*, p. 374.

co, no escapa a la regla. Al analizarlo nos percatamos de que Ercilla ni siquiera alude a acontecimientos sumamente importantes, en los cuales él se halló presente, como la fundación de Osorno; mientras que otros hechos insignificantes, como la penosa travesía de la cordillera o el paso del «desaguadero», son tratados con una minuciosidad que les confiere importancia exagerada. La causa de este silencio dista de ser la que, en el canto XII, afirma lo incitó a que escribiese: «fue que tanto valor no perciese, ni el tiempo injustamente lo consuma». ¿Cabe recordar aquí el rencor que Ercilla debió de sentir toda su vida contra el joven gobernador que lo condenó a muerte? El que el nombre de don García no aparezca en *La Araucana* ni una decena de veces, cuando los nombres de caciques araucanos como Caupolicán, Tucapel, Rengo o Lautaro se hallan cada uno más de cincuenta, parece dar prueba de ese rencor¹².

Ercilla no sigue un orden cronológico estricto, aunque así debería proceder tratándose de una relación y por ir «la verdad desnuda de artificio». Aplica más bien la técnica del género épico que consiste en dividir la materia en dos partes, correspondientes a los dos campos que se enfrentan, y ordena el relato pasando de un campo a otro con un movimiento de vaivén, que recuerda el flujo y reflujo del mar, pero que por momentos poco tiene que ver con el orden en que ocurrieron los acontecimientos. Al avance de los expedicionarios corresponde el terror de los indios; a la arenga arrogante de don García se contrapone el discurso del astuto Tunconabal; la fuerza encuentra un adversario de talla en la astucia. Esa búsqueda exagerada de equilibrio lleva al poeta a oponer a los «diez indios» que aparecen en el camino «diez amigos compañeros» que lo acompañan en la piragua¹³. Como en la epopeya, el conflicto se resuelve con el encuentro brutal de los adversarios. Pero aquí nada de batallas sangrientas: el enfrentamiento se produce, como en un juego sutil, en el tablero de la inteligencia; y en ese juego el orgulloso don García muerde el polvo. La larga descripción de la tropa expedicionaria española errando hambrienta por la cordillera suena como un himno en honor de la astucia del indio.

El relato de Ercilla, por muy detallado y riguroso que sea, no puede satisfacer plenamente al historiador. Falta en efecto el lazo de unión entre el narrador y el campo indígena. Ercilla se hallaba entre los españoles y no asistió, ni pudo asistir, al consejo de los indios. Estos, si nos atenemos al texto de *La Araucana*, se guardaron de divulgar su estratagema. Por esa razón, estamos convencidos de que el engaño de Tunconabal no es más que

¹² El *Arauco Domado* de Pedro de Oña está dedicado a levantar el castigo de silencio que Ercilla impuso a don García Hurtado de Mendoza, en *La Araucana*, por haberlo tenido 24 horas condenado a muerte en La Imperial.

¹³ No es el único caso en que Ercilla emplea ese efecto de equilibrio: a los «ciento y treinta caciques escogidos» que entran en el consejo araucano (canto VIII, estrofas 15 y 46) se oponen los «ciento y treinta mancebos florecientes» que salen de la isla de Talcaguano a construir un fuerte en una sola noche (canto XVII estrofas 19, 22 y 27).

un mero producto de la desbordante fantasía del poeta. En el crisol de la epopeya, Ercilla funde de manera magistral realidad y ficción y, desde un punto de vista puramente estético, la aleación parece preciosa aunque en partes suene a hueco. Es inconcebible que en tan corto lapso —a lo sumo seis días— los indios de una región supuestamente rica se hubiesen transformado en unos «brutos campestres, rústicos salvajes», con «las uñas sin cortar, largo cabello». Compartimos las dudas que Crescente Errázuriz manifiesta a este respecto:

¿Eran sinceros y amigos aquellos indígenas? Ercilla —intérprete, sin duda, del sentimiento general de los españoles— llama al consejo de Tunconabal «fingido aviso malicioso». Les decía, sin embargo, la verdad y, buen profeta, les anunciaba el resultado de la penosa expedición¹⁴.

Las suposiciones de Ercilla se apoyan única y exclusivamente en que, al anochecer del cuarto día, el indio que los guiaba emprende la fuga:

Así ufanos, alegres y contentos
pasamos tres jornadas las primeras,
pero la cuarta, al tramontar del día,
se nos huyó la mentirosa guía.

El mal indicio, la sospecha cierta
los ánimos turbó más esforzados
viendo la falsa trama descubierta
y los trabajos ásperos doblados:

(Canto XXXV, estr. 29 y 30)

El hecho parece insuficiente para establecer las conclusiones a que llega el poeta. Basta la lectura de nuestros primeros cronistas para cerciorarse de que el hecho ocurría con harta frecuencia: ¿acaso no se fugaron también los guías que habían acompañado a los expedicionarios los días anteriores?:

las mentirosas fugitivas guías
nos llevaban por partes engañados,
que parecía imposible al más gigante
poder volver atrás ni ir adelante.

(Canto XXXV, estr. 10)

Dado que la región era verdaderamente pobre, lo más plausible es pensar que los españoles, encontrándose sin guía, se llevaron forzado a uno de los indios con los que se toparon por el camino. Además la estrofa que refiere la huida de los primeros guías precede inmediatamente a la del encuentro con Tunconabal, lo que sugiere una relación de causa a efecto dentro de la estructura: hallándose sin guía se buscaron otro. El indio debió

¹⁴ Crescente Errázuriz: *Op. cit.*, p. 405.

de acceder, seguramente ante la presión —«so pena de la vida», dice claramente el poema—, pero no sin antes haberles advertido las enormes dificultades a que sin duda se exponían.

En lo tocante a la cronología de la expedición, disponemos de dos fechas al parecer exactas. Es la primera el 19 de febrero, día en que entra el sol en el signo zodiacal de Piscis¹⁵, y en que tuvo lugar el encuentro con Tunconabal:

Ya del móvil primero arrebatado
contra su curso el sol hacia el poniente,
al mundo cuatro vueltas había dado
calentando del pez la húmida frente,

(Canto XXXV, estr. 11)

La segunda fecha es el 28 de febrero, en cuya tarde Ercilla cruzó el «desaguadero». Siguiendo atentamente el relato de Ercilla, nos apercebimos de que la llegada a Ancud tuvo lugar en la mañana del 26 de febrero, ya que el paso del «desaguadero» ocurrió el tercer día de la llegada:

Pues otro día que el campo caminaba,
que de nuestro viaje fue el tercero,

(Canto XXXVI, estr. 22)

Ello indica claramente que el viaje por las montañas, desde el encuentro con Tunconabal, duró a lo sumo siete días —desde el atardecer del 19 hasta la mañana del 26—, prácticamente lo que había indicado el indio: «Cuando Febo volteando seis veces alumbrare estas regiones». El guía acompañó a los expedicionarios durante cuatro días: «pasamos tres jornadas las primeras, pero a la cuarta, al tramontar del día, se nos huyó la mentirosa guía». Fueron, según Ercilla, días de euforia, y los españoles caminaban ufanos pensando en el botín que les estaba esperando. Resulta anacrónico el primer verso de la estrofa 40 del canto XXXV que afirma:

Siete días perdidos anduvimos¹⁶

pues en realidad sólo anduvieron perdidos a lo sumo tres. Hay que tener en cuenta que la primera vez que este verso aparece impreso —en los

¹⁵ Tomás Thayer Ojeda: *Op. cit.*, pp. 33-34, citando un dato que le comunicó Alberto Edwards, afirma: «Antes y después de la reforma gregoriana, el día del equinoccio de primavera no se determina astronómicamente para el cómputo de los almanaques. El Concilio de Nicea lo fijó en el 21 de marzo. El sol entra y entraba en el signo de Piscis el 19 de febrero en los años comunes (como lo fue el de 1558) y el 20 de febrero en los años bisiestos».

¹⁶ «Esta estrofa plantea dos importantes cuestiones: la de la fecha de la llegada al llano de Ancud y, como consecuencia de ésta, cuando cuenta Ercilla los siete días de extravío. [...] siete jornadas perdidas representaría que descubrieron el llano de Ancud el 1.º de marzo. Ya veremos que esto no es posible...» Angel González de Mendoza Dorvier: *Op. cit.*, p. 70.

cuadernos encartados en la edición madrileña de 1590¹⁷— dice: «Tres semanas perdidos anduvimos» aunque las dos primeras palabras se hallan tachadas y encima figura escrito a tinta «Siete días». Pensamos que se trata de un error de lectura por parte del cajista y que el manuscrito traería más bien «tres jornadas», fácilmente confundible con «tres semanas». No faltan en dichos cuadernos otros ejemplos de mala lectura¹⁸. Sea lo que fuere, la hipérbole es manifiesta, como lo es también la exagerada enumeración de los daños que los expedicionarios tuvieron que soportar durante esas tres jornadas: «trabajos ásperos», «gran peligro», «hambre y fatiga», «tempestad», «trabajo incomportable», «la aquejadora hambre miserable», «el bien dudoso y daño indubtable». Los españoles nos son descritos avanzando «descalzos y desnudos, sólo armados, en sangre, lodo y en sudor bañados», «abriendo a hierro el impedido paso». Estos tres días de vagabundeo reciben de parte del poeta un tratamiento hiperbólico que sugiere al lector mayor duración. El episodio parece haber sido organizado en descrédito del joven gobernador, único responsable de la expedición. Tres años después de estos acontecimientos, don García fue destituido de su cargo, entre otras causas, por los grandes gastos que había ocasionado a la Corona.

En la parte del relato que cuenta la exploración de Ancud, la figura de don García se esfuma y desaparece por completo. El poeta recurre al empleo de un «nosotros» que confiere al conjunto de la tropa —gobernador y soldados confundidos— la decisión de las operaciones. En contraste con esta forma pronominal emerge poco a poco un «yo» en el que se funden el poeta narrador y el soldado. La forma plural «nosotros» conlleva todas las posibles cargas negativas de la acción:

Pero luego nosotros, destruyendo
 todo lo que tocamos de pasada,
 con la usada insolencia el paso abriendo
 les dimos lugar ancho y ancha entrada;
 y la antigua costumbre corrompiendo,
 de los nuevos insultos estragada
 con más seguridad que en otra parte.

(Canto XXXVI, estr. 14)

¹⁷ Pese a la tesis doctoral *Estudio de las ediciones de La Araucana con una edición crítica de la tercera parte*, presentada en 1976 por Juan Alberto Méndez Herrera, en Cambridge, Massachusetts, perdura la falsa opinión de que el viaje de don García apareció por vez primera en la edición madrileña de 1597, editada por el licenciado Castro. En realidad fue publicado en vida de Ercilla y se conserva encartado en tres ejemplares de la edición madrileña en octavo de 1590, y en uno de la edición en cuarto de 1589.

¹⁸ En todos los ejemplares en los que aparecen los cuadernos encartados —tanto en la edición en octavo de 1590 como en la edición en cuarto de 1589— en el verso cuarto de la estrofa 30 del canto XXXVI leemos «la desierta compañía amenazaba» donde debiera poner «la desierta campaña».

De esta forma queda concretizada la larga lista de daños —anunciados al comienzo del canto XXXV— que el interés «inventor de desastres y maldades» acarrea consigo, y que

Así por mil peligros y derrotas,
golfos profundos, mares no sulcados,
hasta las partes últimas ignotas
trujo sin descansar tantos soldados;

(Canto XXXV, estr. 3)

A veces incluso, sobre todo cuando la acción puede sugerir consecuencias negativas para la imagen de un hombre de honor, Ercilla abandona el registro de la primera persona, y adopta la tercera gracias al empleo de formas como «la gente», «unos», «otros», «quien», «aquel». Así sucede por ejemplo cuando los expedicionarios se hallan empantanados en medio del camino y al final del canto XXXV cuando los hambrientos españoles, al igual que un montón de gallinas, se precipitan sobre un campo de «frutilla» (probablemente *ugni molinae*).

El empleo del «yo» tiende a esbozar un personaje narrador en contraste con la ambición e insolencia de sus camaradas. Ercilla comienza tomando ciertas distancias con respecto a sus camaradas y se describe a sí mismo, no como un vulgar conquistador, sino más bien como un verdadero humanista:

Yo, que fui siempre amigo e inclinado
a inquirir y saber lo no sabido.

(Canto XXXVI, estr. 19)

En los versos siguientes el poeta parece incluso querer distanciarse todavía más de sus camaradas, pues nos confiesa que si se encuentra allí, más que a su propia voluntad, es debido a la fuerza de su destino:

que por tantos trabajos arrastrado
la fuerza de mi estrella me ha traído,

Aunque, claro está, dichos «trabajos» no dejan de constituir una fuente de mérito personal, sobre todo en su caso, al estar motivados por el loable deseo de satisfacer una insaciable curiosidad científica, como ocurre en la estrofa siguiente:

Vi los indios y casas fabricadas
de paredes humildes y techumbres,
los árboles y plantas cultivadas,
las frutas, las semillas y legumbres;
noté de ellos las cosas señaladas,
los ritos, ceremonias y constumbres,
el trato y ejercicio que tenían
y la ley y obediencia en que vivían.

(Canto XXXVI, estr. 20)

De este modo campea la personalidad moral del narrador que hasta entonces parecía haber servido únicamente de garantía a la historicidad del relato.

Además Ercilla emplea de manera magistral el registro de la ambigüedad, a tal extremo, que a lo largo del relato nos sugiere el Estrecho de Magallanes como meta y fin último de la expedición:

que por la banda diestra del poniente,
dejando el monte del siniestro lado.

(Canto XXXV, estr. 24)

Llevábamos el rumbo al sur derecho,
la torcida ribera costeando,
siguiendo la derrota del Estrecho,
por los grados la tierra demarcando;

(Canto XXXVI, estr. 17)

Y el lector subyugado, se deja fácilmente llevar del ímpetu narrativo del poeta y no puede ni quiere interpretar de otro modo los siguientes versos:

Mas yo, que mis designios verdaderos
eran de ver el fin de esta jornada,

[...]

pasé el gran brazo y agua arrebatada.

(Canto XXXVI, estr. 26)

La breve y escueta descripción que sigue «la tierra algo arenosa, áspera al caminar y pedregosa, a trechos ocupada de espesura» tiende a arraigarnos todavía más en la opinión de que no puede tratarse sino del Estrecho de Magallanes. Y ciertamente fue esta la interpretación que prevaleció durante siglos. La misma ambigüedad de Ercilla aparece en el elogio escrito por el licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa en donde se afirma que Ercilla:

no satisfecho con haber andado tantas y tan extrañas provincias, pasó adelante al descubrimientos y conquista de la última, que por el Estrecho de Magallanes está descubierta hasta el valle de Chiloé, y [...] se puso casi debajo del Antártico...

Estamos seguro de que en ningún momento pensó Ercilla haber atravesado el Estrecho de Magallanes, del que se conocía «la altura cierta» desde hacía largo tiempo. Basta leer las cartas de Valdivia para cerciorarse de que tamaño error hubiera sido imposible incluso durante los primeros tiempos de la colonia. Ercilla había tenido muchas veces en sus manos mapas para ignorar que el punto al que había llegado se hallaba todavía a diez grados del Estrecho, esto es ¡a unos 1.000 kilómetros!

El poeta soldado acapara a partir de este momento el papel de protagonista y continúa distanciándose de sus compañeros de expedición. En primer lugar se trata de una distancia que pudiéramos llamar de índole moral:

Pero yo por cumplir el apetito,
que era poner el pie más adelante,
(Canto XXXVI, estr. 28)

Acto seguido, esa desigualdad moral se ve acentuada por una separación puramente física y visual:

corrí una media milla do un escrito
quise dejar para señal bastante».
(Canto XXXVI, estr. 28)

La creación del personaje-poeta-soldado termina con la recuperación personal del mérito de la empresa épica. Tal un nuevo héroe pindárico, Ercilla deja para siempre su nombre grabado no ya en la corteza de un árbol sino en los versos indelebles de la epopeya.

Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
DON ALONSO DE ERCILLA, que el primero
en un pequeño barco deslastrado,
con solos diez pasó el desaguadero
el año de cincuenta y ocho entrado
sobre mil y quinientos, por hebrero,
a las dos de la tarde, el postrer día,
volviendo a la dejada compañía.
(Canto XXXVI, estr. 29)

Cuatro octavas más abajo se nos antoja terriblemente injusta la sentencia de muerte contra el poeta por sólo haber puesto mano a la espada, «nunca sin gran razón desenvainada». Un vago sentimiento de tristeza invade a los lectores cuando Ercilla, inmediatamente después, confiesa que aceleró su «súbita partida» porque «el agravio, más fresco cada día» lo estimulaba y lo roía. Presentimos que la vena poética de Ercilla, debido a su exilio de Chile va a agotarse... que el poeta muere y con él la epopeya. Nuestra congoja se ve atizada por la larga enumeración de hechos, estrofa 35 del canto XXXVI, que el poeta ha vivido y ya no canta: «escaramuzas», «rebatos y emboscadas», «encuentros y refriegas», «asaltos y batallas», «estratagemas», «astucias y cautelas» y para terminar «el asalto y gran batalla de la albarrada de Quipeo». Esta impresión resulta de un artificio narrativo que consiste en superponer dos temporalidades diferentes, la de la acción, que ocurre en 1558, y la del momento de la escritura, que tiene lugar entre 1558 y 1589, año este último de la publicación de la tercera parte del

poema¹⁹. A través de esta superposición de temporalidades se logra crear la atractiva imagen del poeta soldado.

Paralelamente Ercilla omite en su relato cualquier referencia a la ciudad de Osorno²⁰, fundada por don García a mediados de marzo, en el camino de vuelta de Ancud. No cabe la menor duda de que se halló presente e incluso puede ser que visitase la ciudad más tarde cuando, dice él, estuvo «sirviendo en la frontera noche y día»²¹. Muchos de los soldados que hicieron el viaje con Ercilla se asentaron en la nueva ciudad, por lo cual la fundación de Osorno constituye el hecho más sobresaliente de la expedición a Ancud. Su descripción hubiese proporcionado al poema épico un elemento de extraordinaria originalidad. Pero al mismo tiempo habría desplazado y atraído todas las fuerzas y tensiones que se forjan durante el viaje, y el episodio del «desaguadero» habría pasado al segundo plano. Omitiendo la fundación de Osorno, el poeta consigue una doble finalidad: imponer el castigo de silencio a don García y acaparar para sí el mérito de la empresa expedicionaria. Además, situada entre su proeza personal y la sentencia de muerte, la descripción de la fundación de Osorno habría distanciado dos episodios que el poeta se esfuerza en unir con una relación casi de causa a efecto.

El castigo de silencio impuesto por Ercilla a don García en las segunda y tercera partes de *La Araucana* se extiende también, sin lugar a dudas, a todos los que le siguen: los españoles no hablan... solamente los indios tienen acceso al estilo directo. A las cuatro estrofas que abarca el discurso de don García —el mayor discurso de este personaje en toda *La Araucana*— se contraponen diecinueve estrofas en boca de los indios (quince de Tunconabal, una del guía, tres del indio que los recibe en Ancud). En cuanto al resto de la tropa, sólo eleva el grito «¡ayuda!», ¡ayuda! con que algunos imploran el socorro de sus camaradas. La voz de los españoles se quiebra en fórmulas de estilo indirecto como «Preguntámosle allí si...» o «Las gracias le rendimos...». La palabra la acapara el poeta. El relato, formulado en su mayor parte en primera persona del plural, está salpicado de fórmulas que remiten única y exclusivamente a Ercilla: «si me dais licencia», «también

¹⁹ Contrariamente a lo que pudiera pensarse, la mayor parte de *La Araucana* fue escrita en España. No se puede pretender que fueron escritos en Chile los episodios que tienen lugar en la cueva del hechicero Fitón, en los que se ve la batalla de Lepanto y se describe el orbe. Si el poema hubiese sido escrito al mismo tiempo que tuvieron lugar los acontecimientos, como el mismo autor lo pretende, no cabe duda que el nombre de don García aparecería en todos los cantos. Además, los innumerables cambios, añadidos y variantes introducidas durante la impresión, que se descubren en las seis ediciones madrileñas impresas en vida del autor, bastan para convencernos de que Ercilla continuó su labor de escritura cuando menos hasta 1590; ahora bien, esforzándose siempre en hacer coincidir el momento de la escritura con la temporalidad de la acción, de donde resulta la imagen del poeta soldado.

²⁰ Don García llamó Osorno a la ciudad en homenaje de su abuelo, conde de ese título.

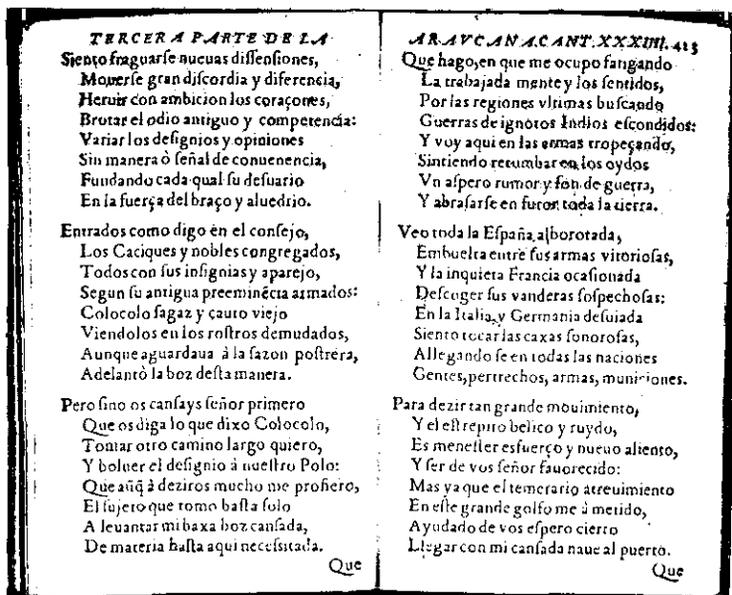
²¹ Ercilla tan sólo hace mención a la ciudad de Osorno en la descripción del orbe que aparece en el canto XXVII de la segunda parte de *La Araucana*.

llegué», «voy siguiendo», «dije que», «presente yo y atento a las señales», «como dije», «no sabré encarecer», «volveré con la primera prometida», etc. Y la palabra sirve para definirse: «yo que fui siempre amigo e inclinado», «mas yo, que mis designios verdaderos», «pero yo por cumplir mi apetito», «mas aunque así agraviado, no por eso (armado de paciencia y duro hierro) falté en alguna acción y correría». Y hablando, y sobre todo definiéndose, se crea el personaje —poeta y soldado— que en este episodio roba a don García no sólo la palabra sino también el mérito de la acción.

A partir del momento en que Ercilla comenzó a ser considerado como el mayor poeta épico de España, es muy probable que don García —caído en desgracia ante el rey— deseara granjearse la simpatía del cantor de las guerras de Chile, quien muy bien podría redorar su escudo. Así se explica el soneto en loor de Ercilla, escrito por don García, que aparece en los preliminares de la edición madrileña en octavo de 1578, pero que no figura en las siguientes²². A la atención del antiguo gobernador, Ercilla respondió con el mayor desdén, y en las versiones de la tercera parte del poema que no traen encarte «que fueron los más de los ejemplares de las ediciones de 1589 y 1590» el nombre de don García no aparece ni una sola vez. El episodio de la expedición a Ancud debió de ser encartado solamente en los ejemplares de *La Araucana* que se enviaron a América. Puede ser que de ese modo Ercilla quisiera evitar represalias por parte de los Mendoza, cuyo influjo en la Corte seguía siendo grande. Pero, ironía del destino, este mismo año de 1589 que vio la publicación de la *Tercera parte de La Araucana*, don García Hurtado de Mendoza, tras haber permanecido en desgracia durante veintisiete años, fue nombrado por Felipe II virrey del Perú. Y allí en América encontró a otro joven poeta, Pedro de Oña, que en su *Arauco Domado* se esforzaría en levantar el castigo de silencio impuesto a don García por Alonso de Ercilla.

ÁNGEL ÁLVAREZ VILELA
Universidad de Lausana

²² Junto con ese soneto aparece otro escrito por don Felipe Hurtado de Mendoza, hermano de don García, que fue compañero de armas de don Alonso de Ercilla en la jornada de Arauco. Estos sonetos ya no se hallan en la edición madrileña en cuarto de 1578, que sabemos fue algo posterior a la publicada en octavo en esa misma ciudad. Es verdad que los hallamos de nuevo en la edición de Amberes de 1586, pero ello se debe a que esa edición se basa en la antedicha edición madrileña en octavo.



Dos ejemplares de la edición príncipe de la *Tercera parte de La Araucana*, publicada en Madrid en 1950.

Arriba: un ejemplar normal. *Abajo*: el ejemplar de la Yale University en el que se distingue, en la página de la derecha, el cuaderno encartado, con la signatura ¶, que relata la expedición de don García Hurtado de Mendoza a la provincia de Ancud.

TERCERA PARTE DE LA

Ya por aquella parte, ya por esta,
 La entrada de la luz desocupando,
 El yerto risco, y empinada cuesta,
 Y aun sus altas cumbres allanando:
 La espesa, y congelada niebla opuesta,
 El gruesso vapor humido exalando,
 Así se adelgazava, y esparzia
 Que penetrar la vista ya podia.

Siete dias

~~Tres semanas~~ perdidos anduimos
 Abriendo à hierro el impedido paso,

Que penetrar la vista ya podia.

Siete dias

~~Tres semanas~~ perdidos anduimos
 Abriendo à hierro el impedido paso,

Que penetrar la vista ya podia.

Siete dias

~~Tres semanas~~ perdidos anduimos
 Abriendo à hierro el impedido paso,

Los tres ejemplares conocidos de la edición madrileña de 1590 en los que aparecen los cuadernos encartados (Det Kongelige Bibliotek, Copengahue; New York Historical Society y Yale University) traen la versión «Tres semanas» corregida y en su lugar se lee «Siete días».